

Deporte, revolución y el papel de los intelectuales. Reflexiones a propósito de la obra colectiva: *La fascinación del deporte: cuerpo, práctica, juego y espectáculo*, coord. Francisco V. Galán Vélez. México: Ediciones Navarra, 2019

DIANA PLAZA MARTÍN¹

Este texto tiene por objetivo responder a la pregunta básica de una reseña: ¿por qué leer la obra? Para ello daremos un rodeo respondiendo primero a la cuestión: ¿por qué escribir sobre deporte desde la academia? Para posteriormente regresar a la primera, y responderla en aras de un interés particular de la siguiente forma: ¿por qué leer textos académicos sobre deporte para pensar en la revolución?

La primera pregunta solo la puedo responder a modo personal, ya que no puedo presumir conocer las razones de cada uno de los autores de los diecinueve ensayos. Mientras que la segunda la tejeré de la mano de los textos de mis colegas, sin por ello afirmar que estos estén de la mano de mis intereses. Sencillamente, lo que haré será *llevar el agua a mi molino* para parecer que somos más, ya que para mis propósitos necesitamos ser muchos, como comprenderán en las siguientes líneas.

¿Por qué escribir sobre deporte desde la academia?

Escribo sobre deporte porque, como diría Pasolini, “lo vivo desde dentro (y, por ende) puedo hablar sin la pureza de quien no conoce las cosas y no se ve implicado. Puedo permitirme, por una vez, escandalizarme”.²

Escribo sobre deporte porque, siguiendo con el italiano: “nada es igual que un estadio lleno de gente. Ni siquiera el gran público de cine fraccionado en mil salas y salitas puede compararse con una masa viva rugiendo y, finalmente, atormentadora de espectadores”.³

Escribo sobre deporte porque, como escribiría Vázquez Montalbán: “ante el deporte el intelectual ha hecho perfectamente manifestando sus reservas, pero fatalmente la negación del contenido le ha conducido a la negación del continente”.⁴

Pero, sobre todo, escribo sobre deporte porque quiero ejercitar el músculo de la crítica en un ámbito que considero es, en la actualidad, uno de los mejores lugares para pensar la revolución. Y es que, nuevamente citando a Pasolini, y con el permiso de mis colegas lectores: “Los deportistas están poco cultivados y los hombres cultivados son poco deportistas. Yo soy la excepción”.⁵

¿Por qué leer textos académicos sobre deporte para pensar en la revolución?

Antes que nada, me veo en la obligación de preguntarme ¿por qué convocar a los intelectuales para hacer la revolución de la mano del deporte en un mundo en el que la mayoría ha decidido ser académico? Bueno, presupongamos en primera instancia que sí hay intelectuales, esto es, aquellos que dedican su intelecto a pensar críticamente la sociedad de forma general, y no lo reducen a su especialidad; y que lo hacen con la intención de influir en ella y no sólo para mantener el trabajo con el beneplácito de las acreditadoras. En segundo lugar, pensemos que a esos intelectuales les interesa la revolución. Y, en tercero, que, si bien históricamente se han peleado con el deporte, en la actualidad han decidido hacer las paces con el mismo. Sería por ese tercer hecho, y no por las otras suposiciones, que deberían leer esta obra, ya que como afirma el magnífico texto inaugural *¿La “atracción” restringida por la “ética”? Cómo los eventos atléticos atraen a sus espectadores* de Hans Ulrich Gumbrecht:

Ahora, de repente, los tiempos han cambiado de forma drástica en muy pocos años. Si a finales del siglo XX se esperaba que un académico joven o un artista incipiente

guardara silencio (o incluso secreto) en su entorno más profesional sobre cualquier posible pasión hacia copas mundiales o campeonatos nacionales en curso, hoy día, el no mostrar al menos un cierto grado de *expertise* deportiva hace que parezcan unos antisociales y anticuados sin remedio.⁶

No obstante, esta actitud sigue teniendo un “problema palpable”. Siguiendo con Gumbrecht:

Los intelectuales afirmarán hablar sobre deportes como un síntoma de las estructuras sociales contemporáneas o de los cambios sociales persistentes; como un paradigma para un nuevo tipo de economía; como una expresión de las identidades nacionales o regionales; o, con bastante arrogancia, como una práctica a mejorar por medio de las aportaciones a sus ideas.⁷

Bueno, pues este texto está libre de ese palpable problema, lo cual lo convierte en la primera y más poderosa razón para leer esta obra colectiva, ya que en ella los intelectuales hablan del deporte como objeto de estudio en sí mismo. Es más, es una obra en la que comprendemos por qué el deporte es interclasista y por qué les gusta a los intelectuales, aunque lleven siglos negándolo. Nos dice Gumbrecht al respecto que hay algo que une al intelectual y al obrero: el placer de ver el deporte, la experiencia estética de observarlo, aunque ambos se resistan a reconocerlo.⁸

Es decir, lo que une a los intelectuales y a los obreros es una experiencia estética presente en la contemplación del deporte y en el juego, definido por Roger Caillois (1958) y Johan Huizinga (1938), en el sentido de que no hay una relación de productividad en ambas acciones, es decir, no se obtiene un beneficio material o cuantitativo del tiempo dedicado a la contemplación del deporte ni al juego, sino que se obtiene goce, felicidad, tal vez. Curioso, revolucionario, me atrevería a decir.

Asimismo, tender los puentes entre los intelectuales y deporte para la revolución me parece clave en el sentido de que, como señala Javier Martínez Villarroya en su texto *Correr en círculos. La carrera de larga distancia y el origen de la filosofía*, para ambas actividades es necesario talento, constancia y concentración; cualidades o destrezas inevitables que unen

a los intelectuales, particularmente a los filósofos y a los deportistas. Interesante, útil, me atrevería a pensar.

Sin embargo, con quien no tenemos tantas cosas en común, ni los intelectuales, ni los obreros, ni los deportistas, aunque cada vez esté más de moda decir que sí, es con los animales. Por ejemplo, en esta obra aprendes que el ser humano tiene una ventaja competitiva con los animales porque transpira por todo el cuerpo y no solo por la lengua, por lo que su cuerpo se puede refrigerar de forma mucho más eficaz. Así, el cerebro altamente desarrollado le permite al humano pensar que si lleva agua en una cantimplora aguantará más, además de que con el pulgar oponible podrá agarrarla con las manos y tomarla. Yo recordaba eso del pulgar oponible por el texto de Juan Villoro (2006) en el que nos dice por qué el fútbol, al ser jugado con los pies, es el más grandioso de los deportes; momento en el que me siento con la obligación de avisar a los *homosoccer* lectores que, en esta obra de 21 textos, sólo hay dos sobre fútbol.

Gibrán Larrauri, en *Aproximaciones al caminar de Freud*, nos habla de la relación del austriaco con el caminar de forma metafórica en su concepción de la práctica psicoanalítica y de forma literal en referencia a sus paseos, pero también menciona a otros autores como Rousseau, quien caminaba para purificarse de los vicios de la sociedad: “Una vez descubierta la verdad del egoísmo social, hay que caminar mucho para aprender a amarse”⁹. En otras palabras, o en mis palabras, para que no me digan los psicoanalistas que no me hago cargo de lo que digo, hay que regresar a proponer una forma de vida estructurada por el binomio *mens sana in corpore sano*, esto es: una formación espiritual, intelectual y física, en la que el cuerpo, la mente y el alma estén en igualdad de condiciones, para tener, en palabras del citado ginebrino, un contrato social más humano.

En este sentido, no podemos obviar que el uso moderno de la concepción grecorromana propuesta en líneas superiores para pensar el contrato social en la actualidad se hizo vía una “pequeña” modificación. Pierre de Coubertin, padre de los Juegos Olímpicos Modernos, cambió ese lema balanceado por otro más *ad hoc* a las necesidades de la época, a saber, *mens*

férvida in corpore lacertoso, esto es, mente inquieta, ferviente, en cuerpo musculoso; pero musculoso en sentido de útil, ágil. Ese cambio tenía que ver con la sociedad industrial, el capitalismo y los Estados-Nación, los cuales, a juicio de alguien elitista y misógino (aunque este juicio tal vez sea algo anacrónico para el personaje, lo reconozco¹⁰) como el francés, respondía a la necesidad de desarrollo de un sistema de reglas y de hombres –no mujeres– capaz de cumplirlas y hacerlas cumplir, esto es, una élite. Para ello, Coubertin sustituye esa visión, para el higienista de los griegos, por una pedagogía utilitaria basada en la

perfección individual y social del hombre moderno. En particular de la búsqueda de una salud física y una energía viril y moral, cualidades necesarias para la supervivencia de las identidades nacionales (...) con base en los valores británicos del *self Government* y de la *struggle for Life*, como ideal masculino de la vida cotidiana para triunfar y conquistar.¹¹

Eso explica que, al inicio de los Juegos Olímpicos modernos, no había ni mujeres, ni prácticamente deportes de equipo, ya que para Coubertin el espíritu olímpico era el de un pentatleta, un guerrero que corre, salta, nada, se cae, se levanta, sufre y de ese sufrimiento se entiende su rol en el mundo y su poder de guiar a los demás. Sufrimiento del que nos hablan varios textos en esta obra en torno al alpinismo, el ciclismo y el rugby, en el sentido de que la estética de estos, su goce, está justo ahí, en el sufrimiento, en el dolor que supone conseguir ir más allá, trascender, encontrar los límites y disfrutarlos.

No obstante, si bien en esos deportes el sufrimiento es parte de lo visible y se presenta como inexorable a su práctica, en general el sufrimiento está en todos los deportes, o más bien el dolor físico. La diferencia es que en unos es parte intrínseca del mismo, es lo que la gente espera ver y disfrutar, y en otros no, como del que yo escribo en la obra reseñada en estas líneas, la gimnasia artística femenina; máxime cuando vivimos en la dictadura de la sonrisa y de ser una chica que hace la “vida normal” (salir de compras, tener novio y comer pizza).

La pregunta válida en este caso, y que se hace Paula Arizmendia a propósito del rugby en *En la tierra de los ciegos al dolor: descifrando el deporte del rugby* es: ¿por qué hacer deporte si toda la ciencia está puesta al servicio de reducir el dolor? Es decir, por qué ir en contra de la técnica y el utilitarismo. Incluso, si eres espectador: ¿es ético estar viendo deportes en los que la gente sufre? Y, sin embargo, no hay nada más hermoso que el cruce de meta de Nairo Quintana quedándose clavado en 2013 al escalar al Mont Ventoux, como nos relatan Priscila Requiaou, André Mendes y Marcelo Maraes en *El dolor de los ciclistas profesionales durante el Tour de France: un vistazo desde la estética*. Un monte que son 22 km con una pendiente media de 7.6% y 10 km al final al 10% de desnivel, en la que, por lo general y como su propio nombre indica, hay mucho viento y debe ser cerrada periódicamente al tránsito vehicular. Ahora imagínense a un ciclista de 80 kg y su bici ultraligera pedaleando ahí. Bien, pues la subida al Monte Ventoso es la etapa que más nos gusta, a pesar de que cuenta con un muerto por combinaciones peligrosas de dopaje (Tom Simpson en 1967). Gusto del espectador por la belleza del sufrimiento en la épica deportiva confirmado por la inauguración este año de la *Mont Ventoux Dénivelé Challenge*, la cual corona en esos diez últimos kilómetros de infierno, previos 300 y pico kilómetros y dos puertos más, por si la etapa del Tour se la había hecho sencilla a algún corredor.

En resumen, disfrutamos del dolor físico, de los logros conseguidos a través del esfuerzo, el trabajo y la constancia. Yo sé que, algunos, tal vez muchos, piensan en este momento que son pocos los que disfrutan sufriendolo en sus propias carnes y que son más los que lo hacen desde el sillón, y aún más los que rehúyen de él, pero aquí, yo creo, tenemos un problema similar al de los intelectuales hasta su salida del armario en el siglo XXI.

En todo caso, los objetivos de los deportes son muy variados, así como la forma de disfrutarlos. En este sentido, me resulta muy interesante el texto de Oscar Mendiola Cruz, coordinador de deportes de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, sobre las artes marciales y

sus códigos de valores, tales como respeto, disciplina, voluntad férrea, lealtad y justicia, entre otros.

Considero, como lo hiciera Tolstoi hacia el final de sus años, que el pueblo, los que tienen limitada su capacidad de consumo, esto es, la gran mayoría, sí necesita lo espiritual. Es decir, algo que dé sentido a su muerte/vida, para que la muerte no aparezca como algo que se interpone en el medio del quehacer cotidiano. Siendo en este punto en el que me deslizo del Barón Coubertin, ya que pienso que el deporte no es para una élite, sino para todo el pueblo, y propongo, a pesar de que soy como Pasolini, una creyente atea, no la religión como forma de conocer la trascendencia y darle sentido a la muerte/vida, sino la práctica del deporte y el disfrute de su belleza a través de la contemplación.

Por ello, si alguien más quiere pensar en la revolución en estos términos, darle sentido a la vida a través de salir de las lógicas productivas y cosificadoras del tecno-capitalismo y su aliada la democracia liberal, les invito a que lean la obra. Es más, si lo de la revolución no está en sus horizontes vitales, les propongo igualmente que la lean y piensen en lo útil que sería para la sociedad actual gozar a través de la contemplación y no sólo a través de la adquisición. Creo que ese pequeño cambio amminoraría, tal vez, que, ante la inminente nueva crisis del capitalismo y, por ende, el aumento del hartazgo de una buena parte de la población, la gente no busque la solución a su malestar en el capitalismo de la forma fácil, culpar al otro, votar a las extremas derechas, sino que tal vez pensarán en soluciones vía el cambio de las lógicas que nos rigen. Esto es, en el cambio del sistema de acumulación de capital en pocas manos, competitividad a destajo e individualismo a ultranza, tras haber sentido el placer de los límites, la felicidad en la contemplación y la consecución de logros colectivos a través del talento, la constancia y la concentración individual. O, en caso de que esto también lo consideren muy ambicioso, podemos empezar por aliarnos filósofos y deportistas, para proponer un sistema educativo en el que se primen nuestras enseñanzas y no las supriman por el saber técnico y su peligrosa infalibilidad (en la

importancia de la educación para el cambio social, económico o político si coincido con el Barón).

El filósofo Javier Bassas escribe en su postfacio a la multicitada obra sobre deporte del friulano que el deporte y la revolución no son antónimos tan claros como suele pensarse. Es más, afirma que “la práctica del deporte amateur y del deporte-espectáculo son actividades sociales tan populares que pequeños cambios en esos ámbitos tendrían grandes consecuencias”. Para ello, nos dice Bassas, “es solo cuestión de *ejercitar* el músculo de la crítica, a la manera de Pasolini”.¹²

Yo he tratado de realizar ese ejercicio en mi texto, *De Bailarinas a acróbatas. Ética, estética y política en la gimnasia artística femenina (1956-2016)*. Les invito su lectura y a la de la obra en su conjunto, si algo de lo mencionado en las líneas anteriores sobre *Deporte, Revolución e intelectuales* les resulta significativo o útil.

Notas

¹ Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid y Diploma Olímpico en Atlanta 1996 con el equipo nacional español de gimnasia artística femenina. Es profesora de asignatura del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, y Coordinadora de la Maestría en Relaciones Internacionales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, México.

² Pier Paolo Pasolini, “Deporte y Cancioncillas”, en *Sobre el Deporte* (Barcelona: Contra Ediciones, 2015), 47.

³ Pier Paolo Pasolini, “Salvatore y la paz en televisión”, en *Sobre el Deporte* (Barcelona: Contra Ediciones, 2015), 41-42.

⁴ Manuel Vázquez Montalbán, “Los intelectuales ante el deporte”, prólogo a Luis Dávila, *Política y Deporte*. (Barcelona: Andorra ed., 1972) (Luis Dávila es uno de los seudónimos del mismo Montalbán).

⁵ Pier Paolo Pasolini. *Sobre el Deporte* (Barcelona: Contra Ediciones, 2015), portada.

⁶ Hans Ulrich Gumbrecht, “¿La ‘atracción’ restringida por la ‘ética’? Cómo los eventos atléticos atraen a sus espectadores” en *La fascinación del deporte: cuerpo, práctica, juego y espectáculo*, coord. Francisco V. Galán Vélez, (México: Ediciones Navarra, 2019) 41.

⁷ Idem.

⁸ *Ibíd.* 42

⁹ Gibrán Larrauri, “Aproximaciones al caminar de Freud” en *La fascinación del deporte: cuerpo, práctica, juego y espectáculo*, coord. Francisco V. Galán Vélez, (México: Ediciones Navarra, 2019) 100.

¹⁰ Siendo presidente del COI siempre votó en contra de la participación de la mujer, hasta que su posición fue minoritaria y las mujeres pudieron participar por primera vez de manera oficial en la cita olímpica de Ámsterdam 1928, una vez que él había dimitido de la presidencia en 1925.

¹¹ *El respeto muto*, publicado en 1916, es la última obra de la trilogía pedagógica iniciada en 1902 con *La gimnasia utilitaria* y *El análisis universal*, con el objetivo de reformar la educación en Francia. Coubertin consideraba a la pedagogía la base de toda reforma del orden político, económico o social y, en ella como centro, la educación en deporte.

¹² Basas, Javier. “‘Deporte y Revolución’. Ejercicio crítico a partir de Pasolini” Postfacio, en *Sobre el Deporte* (Barcelona: Contra Ediciones, 2015), 139.

Referencias

- CAILLOIS, Roger. *Los juegos y el hombre: la máscara y el vértigo* (1958). México: FCE, 1986.
- BASAS, Javier. “‘Deporte y Revolución’. Ejercicio crítico a partir de Pasolini” Postfacio. En *Pasolini y el deporte*, 117-139. Barcelona: Contra Ediciones, 2015.
- HUIZINGA, Johan. *Homo Ludens* (1938). Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- PASOLINI, Pier Paolo. *Sobre el deporte*. Barcelona: Contra Ediciones, 2015.
- VÁZQUEZ Montalbán, Manuel. “*Los intelectuales ante el deporte*”. En *Política y Deporte*, Luis Dávila. Prólogo. Barcelona: Andorra ed., 1972.
- VILLORO, Juan. *Dios es redondo*. México: Anagrama, 2006.

